

Mi querido amigo Salterain:

La humanidad, este tendal de ejemplares tan pluriver-
 sos a pesar de su homogénea estructura física, marcha no como "rey de la crea-
 ción" sino como el cangrejo, de costado. Debido al cúmulo de falsas nociones de
 toda especie que ha ido almacenando en su meollo crédulo, tanto más crédulo
 cuanto más los espejismos halagan su inmensurable vanidad, no resulta fácil el
 ajustar la marcha a las conquistas de conocimiento, esas mismas que van día a
 día rectificando el punto de vista habitual, para encarar la vida y el mundo,
 puesto que el conocimiento es, quiérase o no, nuestra mejor brújula, y es así que
 rectificamos a regañadientes, empeñados siempre en mantener nuestras posicio-
 nes mentales, con las que nos hemos identificado, por inconsistentes que ellas
 sean; y, al rectificar, cambian los encaramientos. Cambian estos de tal modo, que,
 con gran sorpresa mía, veo que las nuevas medidas extraordinarias tomadas en
 Alemania sobre esterilización de los ineptos, que en cualquier otro momento
 habrían escandalizado hondamente, no levantan protestas, por ahora al menos. Ca-
 llan, y los que callan otorgan. Vd ve, mi amigo, que nuestra Kiria se va imponien-
 do, ^{no antigualla sino} resulta ~~una~~ precursora, con ser tan antiguas y sensatas sus costumbres ho-
 nestas y previsoras, ultramodernas por lo propio. Lejos de ser modernos los bue-
 nos consejos, vienen a ser del tiempo de las cavernas, por ser medularmente huma-
 nos y orgánicos. Estimula el ver que se adopta el conocimiento-ciencia, y no la
 especulación filosófica-nociencia, ni las demás formas latosas del pensamiento
 humano, para ordenar nuestros caminos.

Cuanto más semeje a Kiria la sociedad humana, ^{por más que se prefiera,} ~~para~~ escuchar ~~la~~ radio
 en vez del peliandro, ^{y se trueque} ~~ni se tire~~ la buena pipa en "cocó", ~~ni~~ mejor marcharemos.
 Entonces no será ya la idea de la velocidad una ansiosa ambición, casi manía,
 por no decir necedad novelera, y se disiparán muchas otras obsesiones nímias,
 que subyugan hasta a los espíritus que se precian de ser de la "élite" inte-
 lectual, y como tales aptos a dirigir. No es el absurdo, por novedoso que sea,

85
quien debe tomar el timon, sino la cordura, esa "diosa" que se ha refugiado en las extracciones primarias, desde que las encumbradas se dejaron embriagar con quimeras de toda cepa.

Algunos filántropos hasta pensaron alguna vez en permitir que los presidiarios - ¡los pobres! - tuviesen a la mano su ^{respectiva} mujercita, para que se entretengan y puedan brindar a la sociedad vástagos de lo mismo, vale decir, de antisociales. Las víctimas, por haber pasado a mejor vida quedan olvidadas, y pronto. Yo, que caí en tales mirajes con un lirismo que creía ser inagotable, hube de dar máquina atrás así que advertí que esto era simplemente una disparatada y peligrosa sensiblería. Otros, más ^{tercos} ~~guapos~~, prefieren mantenerse enhorquetados en el absurdo, como si debiesen por consecuencia no desmontarse de su propio asno, por largas que sean sus orejas.

En cuanto a la libertad de pensamiento y de reunión, etc, también tiene que reprimirse, dado el abuso, que es común hacer en estos radios. Se intoxica la mentalidad con estos fueros, y no es chica la suma de cosas deplorables que se van preparando. Hoy día las tenemos bien a la vista: la amoralidad; el vicio encaramado cínicamente; la delincuencia con gran predisposición a la reincidencia, al profesionalismo; la más profusa floración de inmoralidades, que todavía se ostentan como rasgos de habilidad, y van poco a poco ganando ^{una mejor,} posición en la opinión pública. Se comprende, que, a pesar de los prestigios alcanzados por la libertad en las conciencias, tenga que adoptarse periódicamente el freno mulero de las dictaduras, y no tanto cuanto fuera menester. Por de pronto, la mujer: esa maravilla que parecía hecha para nuestra admiración ^{y nuestro cariño,} va adoptando una fisonomía terrible, ~~con~~ tales actitudes y aspectos que mete miedo. Eso les parece ser legítimo, y también ventajoso. Se comprende que disminuyan los matrimonios al propio tiempo que aumentan los divorcios, y gracias todavía, pues de no ser así aumentarían los delitos de sangre, que no son escasos por cierto.

Al poner a prueba los productos de la especulación humana, pseudo científica, se ha podido ver su absurdidad. La ciencia, o sea, el conocimiento alcanzado por la observación y la experiencia, felizmente permite contrarrestar aquellas licencias, aquellos extravíos, y asistimos al momento en que habrán de rectifi-

car^{se} rumbos para no escollar miserablemente, en medio de una eclosión de pro-¹⁶gresos que rayan el prodigio.

Los teorizadores han fracasado por haber asentado sus especulaciones no en la observación sino en principios supuestos absolutos, quiméricos, los que lejos de poder llegar victoriosamente a sus últimas consecuencias, han mostrado su mala hilacha apenas se les ha pretendido sustituir a los ancestrales preceptos llanos, sencillos, morales y sabios del Buen Sentido. La arrogancia de los postulados que se suponían definitivos viene a estrellarse en sus ^{primeros} ensayos, colocando a los pueblos reputados de mayor civilización y cultura, en el ^{completo} más ~~desconcertante~~ y descorazonador desconcierto.

Habremos de recimentar sobre terreno más firme, más modesto además, si ~~que~~ queremos poner orden en la sociedad humana, desorbitada según se la ve precisamente allí donde se la creía más próspera. La supuesta ciencia ha fracasado, cosa que no podría ocurrir si ese vocablo se entendiese en su verdadera acepción, que es conocimiento. Aquella supuesta ciencia fué al contrario desconocimiento. Y vamos así como llorones, con nuestro cirio en la mano y cantando triste, a este entierro, después de haber ^{celebrado} ~~hecho~~ tantos centenarios, monumentos y apoteosis. Perdida la noción del buen sentido todo resultó ser posible, hasta las más alocadas utopías. Todo deslumbró, y comenzaron a aparecer teorías, doctrinas, escuelas de todo linaje, tanto más dignas de atención y elogio cuanto más extravagantes. Ahora nos toca pagar nuestro encandilamiento. Paguemos como buen jugador, con la elegancia mayor que podamos dibujar frente a una partida tan desgraciada, de una pérdida tan fuerte cuanto deslucida.

Vayamos nosotros, mi querido amigo, con nuestro respectivo velón, colocados a un lado del cortejo, para poder sonreír de cuando en cuando, mientras otros, ^{por} ~~por~~ ^{más lejos} con mejor derecho entonan sus cánticos funerarios bien cabizbajos.

Lo abraza con el afecto de siempre su amigo viejo

Pedro Figueri
a

